

por **JOSE MONLEON**

UNIVERSITARIOS Y NIÑOS

EL teatro comercial nos ha traído dos títulos: «El niño de los Parker», de A. Hart y M. Braddell, con Mari Carmen Prendes, Guillermo Marín y Amparo Baró en la cabecera de la compañía — es decir, igual que en «La cigüeña bromista», la obra anteriormente representada en el Beatriz—, y «Alcoba nupcial», la famosa obra de Jan de Hartog, repuesta por Matilde Almendros y Miguel Palenzuela, a las órdenes del director catalán Antonio Chic. Con todo, salvo señalar el éxito de Matilde Almendros, una actriz barcelonesa, són dos títulos que dan para pocos comentarios. Están en una línea más o menos tradicional de teatro español cotidiano.

Me parece mucho más interesante referirme a dos manifestaciones dramáticas un tanto marginales a nuestra cartelera comercial y, sin embargo, de mayor alcance que los reseñados y correctos estrenos. Me refiero a la presencia de «Peter Pan» en la temporada de teatro infantil desarrollada por la Sección Femenina en el María Guerrero, y al Festival de Teatro del Siglo XX, puesto en marcha con ejemplar tenacidad y prevista resistencia.

Con respecto al «Peter Pan», bueno es aplaudir a quienes no ven en el teatro infantil una especie de ingreso complementario, sino una obligación que servir. A teatro lleno, «Peter Pan», como meses atrás «La cabeza del dragón», de Valle, ha vuelto a replantear con dignidad la necesidad de que el Estado aborde directamente el cultivo del teatro infantil. El aprovechamiento, en suma, de las inmensas posibilidades formativas que encierra la representación dramática.

El verano pasado me invitaron a dar unas conferencias sobre teatro ante un auditorio femenino compuesto en parte considerable por maestras. Durante varios días, alterando el plan inicial, estuvimos hablando del valor pedagógico del teatro. No ya para los espectadores, sino para los propios actores. El teatro, tal y como ocurre en diversos países, debiera ser un ejercicio escolar obligatorio. Pocas cosas pueden equilibrar más a un niño ni enseñarle más que la representación teatral.

Lo malo es que aquí a menudo los espectáculos para niños no sólo no educan, sino que embrutecen...

Por eso hay que señalar la presencia de este «Peter Pan», de Barrie, montado con gran dignidad por Ángel Fernández Montesinos. A pesar de que, para mi gusto, el texto adolece de ciertas crueldades que, a tenor de la evolución histórica, resultan molestas. Yo creo que a «Peter Pan» le sobra un poco de caballería y la falta una mayor bondad. Pero, con ser éste un aspecto importante, lo cierto es que la obra de Barrie alcanza una dignidad teatral claramente superior a la que es habitual en el teatro infantil español.

El otro punto del que quería hablar es del Festival del Teatro del Siglo XX. Cuando escribo este comentario ha presentado dos títulos: «Las sillas», de Ionesco, en dirección de Trino Martínez Trives, y «La escuela de los bufones», de Ghelderode, bajo la dirección de Aitor Goiriela.

No dispongo de espacio para comentar dos piezas de esta envergadura. Si quiero señalar la dignidad de sus montajes y el valor de este ciclo, levantado — como tantas veces ocurre, cuando alguien decide dar un paso al frente — contra una corriente que debiera ser favorable.

Ghelderode e Ionesco son dos autores, al margen de sus peculiares características, de una significación y una importancia general infinitamente superior a la que caracteriza a casi todos los autores que asoman a los teatros comerciales. Mal está, pero hay que admitirlo, que ni Ghelderode ni Ionesco cuenten con la atención del gran público. Ya me parece menos explicable que sus dramas sean tratados displicentemente por los mismos que consumen varios folios a propósito de obritas de boulevard.

Pero no es cosa de atacar a nadie, puesto que cada cual puede tener sus opiniones y por ellas es juzgado y estimado. Yo sólo quiero señalar mi total adhesión a un festival que pretende, en forzoso contrapelo, disonando de la moda general, presentar una serie de dramas importantes, graves, ante los que no haya más remedio que pronunciarse.



Miguel Palenzuela y Matilde Almendros en «Alcoba nupcial», de Jan de Hartog. Dirección: Antonio Chic. Teatro Vallo-Incián

